

DOMINGO
EN LA OCTAVA
DE LA ASCENSION.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,

cap. 4. v. 7. 11.

Carísimos: Sed prudentes, y velad en oraciones. Y ante todas cosas teniendo entre vosotros mismos constante caridad: porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados. Exercitad la hospitalidad los unos con los otros sin murmuracion. Cada uno segura la gracia que recibió, comuníquela á los otros, como buenos dispensadores de la gracia de Dios que es de muchas maneras. Si alguno habla, sean como palabras de Dios: si alguno ministra, sea conforme á la virtud que Dios da: para que ex

de la Ascension. 151
todas cosas sea Dios honrado por Jesu-Christo.

INSTRUCCION.

Si la salvacion tiene, hermanos míos, sus dificultades y trabajos, tambien tiene sus consuelos y recursos. El camino que conduce á la vida eterna es muy estrecho, los peligros muy frecuentes, los escollos continuos, los combates muy terribles, y sin embargo el yugo que nos impone es muy ligero, la carga no nos oprime, la ley es muy fácil y sencilla, la ciencia que se requiere, no pide muchos años de estudio, ni serias y profundas meditaciones, las armas para la pelea resisten todos los golpes y las victorias son ciertas. Nada pues le falta á un Cristiano.

La Iglesia con el fin de animarnos, nos pone hoy á la vista las virtudes mas esenciales y mas faciles de la moral christiana. Ocupada todavia con la entrada triunfante de Jesu-Christo en la mansion de su gloria, nos traza el camino

que puede conducirnos á ella, y por el qual caminó el mismo Salvador. Por tanto tomemos parte en las miras de esta tierna madre, y escuchemos las lecciones que el Apóstol San Pedro, testigo tan fiel de las acciones de Jesu-Christo, discípulo tan dócil de su doctrina, y tan perfecto imitador de sus exemplos, nos va á dar en la Epístola de este día.

No debe maravillarnos, hermanos míos, que á la cabeza de todos los consejos que nos da hoy el Príncipe de los Apóstoles nos ponga el siguiente. Sed prudentes, y velad en oraciones. El hombre se dexa naturalmente llevar al exceso, bien sea en los vicios, ó en las virtudes, porque es muy difícil ponerse en aquel justo medio que constituye la sabiduría verdaderamente christiana. El consejo por tanto es general para todas las personas en qualquiera circunstancia y situacion de su vida. Sed prudentes, podremos decir á los pecadores, huid de todos los excesos vergonzosos á que os han arrastrado hasta el día vuestras pasiones. Sed prudentes, diremos á los justos. Tened entendido que la virtud no consiste

en seguir los caprichos de una imaginacion demasiado viva y acalorada, y de un fervor indiscreto, sino en sujetarse á las reglas de una moderacion sabia que camina ácia la perfeccion con medida, y que se acomoda al estado de las fuerzas de cada uno. Si poneis esta máxima á la frente de todas vuestras devociones, y de todas las prácticas christianas, no temais el exceso. Sed vigilantes. En estas palabras no hace el Apóstol sino repetir las que Jesu-Christo dixo tantas veces, porque la vigilancia es una de las obligaciones mas esenciales de la vida christiana. De esta vigilancia depende la fidelidad del Christiano y su perseverancia en la virtud. Por esta causa se nos representan los juicios de Dios baxo la figura de un Señor que sale en el silencio de la noche para probar la fidelidad de sus criados, ó de un ladron que se aprovecha de las tinieblas para executar y ocultar sus robos. Por esto los Christianos de todos los tiempos que han querido asegurar su salvacion, han tenido el cuidado de separarse del tumulto del mundo, y se han hecho una delicia del retiro. Si alguna vez, por-

que su estado y las circunstancias lo han exigido, se han encontrado en las tumultuosas asambleas del siglo, han hecho quanto ha estado de su parte para retirarse dentro de su propio corazon á considerar los designios de Dios, y huir los artificios de Satanás. Por esto los Padres de la Iglesia y los Maestros de la vida espiritual nos han enseñado que el estado del Christiano pide una atencion continua, porque está rodeado siempre de peligros, y el demonio trabaja sin cesar para sorprehenderle seguro de la victoria en aquellos momentos de disipacion y de abandono. Pero la vigilancia, hermanos mios, no debe separarse jamas de la oracion. Velad orando siempre, porque si omitis qualquiera de estas dos prácticas, estais muy expuestos á la sorpresa del enemigo. El Apóstol nos dice, segun la doctrina de Jesu-Christo, que no consiste el orar en recitar todos los dias algunas oraciones vocales de pura fórmula, sino en el hábito constante de recogerse interiormente para considerar los propios pecados delante de la presencia de Dios. El espíritu y el corazon han de corresponder siempre á sus altos de-

signios sobre nosotros. Debemos temer y guardarnos de aquellas acciones que pueden ofenderle en qualquiera manera; debemos orar sin descansar un momento, porque este es el medio mas eficaz de elevar el alma á Dios y de atraer sus gracias. No haya un instante de nuestra vida en que no le llenemos de bendiciones por tantos beneficios como nos dispensa; pidámosle sin cesar, pero con rectitud de corazon; seamos caritativos con el próximo, auxiliemos al menesteroso; tengamos entre nosotros mismos constante caridad, dice el Apóstol, porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados; no tardemos en mostrarnos sensibles si es urgente el objeto que exige nuestra compasion. Si Jesu-Christo dice al iracundo que dexé su ira á los pies del altar y vaya á reconciliarse con su hermano; yo puedo tambien asegurar que la limosna es á los ojos de Dios la oracion de mas mérito, y que regularmente no desatiende la mayor parte de las súplicas que se le hacen, sino porque no se acompañan del espíritu de caridad, que solo puede mover su misericordia. Sí, hermanos mios,

la limosna cubre la muchedumbre de nuestros pecados: ¡ó, que consuelos traen estas palabras á aquel Christiano que hace buen uso de los bienes que Dios pone en sus manos! A medida que toma mas conocimiento en las necesidades del próximo, remedia Dios su enfermedad espiritual, enxuga sus lágrimas, calma sus inquietudes, le perdona sus pecados, y le concede gracias superabundantes.

Pero no abusemos de esta reflexión, hermanos míos: hablo aquí, segun el Apóstol, de una limosna hecha con humildad, cuyo mérito no se debilite ni por el orgullo ni la ostentacion: hablo de una limosna hecha en la presencia de Dios que no participe de aquellos sentimientos humanos de beneficencia que suelen ser en gran parte el resorte que mueve á los hombres: hablo en fin de una limosna acompañada del espíritu de contrición. Una limosna de esta naturaleza siempre es eficaz, porque Dios es siempre fiel á su palabra.

El Apóstol, despues de haber recomendado la caridad en general, describe en particular las obras que se contienen en ella, y pone á la cabeza de

todas la hospitalidad, que en su tiempo tenia el primer lugar entre las obras de misericordia, porque las circunstancias lo exígian así; y aunque este género de limosna no sea en el día de un uso tan frecuente, el Apóstol nos indica dos circunstancias que deben acompañarla siempre, las quales tambien convienen á las demas limosnas; á saber, que sean generosas y discretas. Generosas, porque deben extenderse á todas las necesidades del próximo una vez que la Providencia nos haya dispensado los medios necesarios. Discretas, porque deben proporcionarse al estado del que da y del que recibe. Por tanto una limosna que se hace á expensas de la subsistencia de una familia, ó por la qual se cercenan, ó se evitan del todo los gastos necesarios para nuestra honesta conservacion en el estado y rango que tenemos, es una limosna indiscreta. La obligacion de la limosna no se extiende á despojarnos siempre en favor de los pobres de todos nuestros bienes. La caridad tiene, hermanos míos, sus medidas, y no es justo traspasarlas; pero este defecto no es muy comun. Hay

muchos Christianos que baxo el pretexto de una prudente reserva guardan con injusticia sus bienes, y se hacen miserables en los tiempos de calamidad y de escasez, en los quales despues de tomar para sí lo que fuere puramente necesario, deberian repartir lo demas en tantos infelices que se hallan constituidos en la necesidad mas extrema.

Para que la limosna sea tambien discreta, deben indagarse con mucho cuidado la conducta y las disposiciones del pobre, á fin de evitar el peligro de socorrer á muchos que solo piden para disipar, y no fomentar por este medio la ociosidad y los vicios que son consiguientes á ella. Algunos Christianos pecan gravemente en esta materia socorriendo con una profusion que llega á tocar en prodigalidad, de manera que lo dan todo á una sola familia, ó á una sola persona, y abandonan todas las demas. Los socorros de esta naturaleza son como un torrente que lleva tras de sí todo quanto encuentra, y que destruye mas que beneficia. El pobre acostumbrado á vivir con estrechez se sorprehende con su abundancia,

se entrega con libertad al goce de sus placeres, y en breve tiempo consume unos bienes, que bien administrados, hubieran hecho la subsistencia de toda su vida. Por tanto es indispensable el exámen prudente y racional de las costumbres de aquellos que nos quieren sorprender aparentando pobreza. No todos los que piden son pobres. Si estando sanos y con buenas disposiciones no trabajan, mas bien deben excitar la indignacion, que la piedad. Si á título de su distinguido nacimiento, y de lo que en el mundo se llama honor, viven acaso en una ociosidad criminal, no son tampoco dignos de excitar nuestras miradas compasivas. Si seducidos y engañados de falsas apariencias dispensamos nuestros bienes á personas de esta naturaleza, defraudamos ciertamente á los verdaderos pobres del consuelo y el alivio que merecen por tantos títulos, y seremos responsables en el tribunal de la Justicia Divina de la parte que nos ha cabido en el fomento de la ociosidad y de los vicios. No solo no conseguimos con estas limosnas el socorro del pobre, sino que fomentamos la pobreza contra nuestra

voluntad misma ; y así debemos indagar tambien el uso que se hace de nuestros socorros , porque acontece muchas veces , que dándolos para determinados fines , no se emplean en ellos. Queremos , por exemplo , emplear parte de nuestros bienes en la educacion de los niños pobres ; y confiados en el cuidado de sus padres , se ven burladas nuestras intenciones , porque ellos los malgastan tal vez en objetos de dissipacion y de regalo , y los hijos viven en el mismo abandono y desnudez. No debeis por tanto , hermanos mios , olvidar el consejo que nos da el Apóstol en esta Epístola ; á saber , cada uno , segun la gracia que recibió , comuníquela á los otros , como buenos dispensadores de la gracia de Dios , que es de muchas maneras.

Ved en este solo consejo del Apóstol las obligaciones y las ventajas del rico. Como dispensador está obligado á dar cuenta al Señor que le ha confiado este encargo , y tambien al pobre que tiene un derecho á ser socorrido por su mano. Colocado entre Dios y el pobre , entre el Padre y su familia , debe procurar que su limosna

en favor del Padre sea generosa , y que se dirija con prudencia para bien de la familia , porque si falta á esta doble obligacion , debe temer mucho el grito de la venganza de esta familia abandonada , y los castigos del Padre por los agravios que ha recibido.

Pero en las palabras del Apóstol se encuentran tambien muchos consuelos para los ricos , si ellas por otra parte les causan muchos temores. El rico es el canal por donde comunica Dios las gracias de su bondad , el ministro de su beneficencia , el depositario y el dispensador de los tesoros del Rey de la gloria. No hay en la tierra una imagen mas natural y sensible de la Providencia como el rico benéfico : él extiende su vigilancia sobre todas las necesidades ; viene como de repente al socorro del miserable , y escucha y oye los clamores de aquellos infelices que viven sumergidos en los trabajos.

No es posible , hermanos mios , agotar esta materia , porque de suyo es muy abundante ; pero permitidme una breve reflexion. El Apóstol , quando habla de la caridad para con el próximo,

162 *Domingo en la octava*
se contenta con decir que cada uno comunique á los otros la gracia que recibió; y en esto nos quiere enseñar, que así el pobre como el rico cada uno en su respectivo estado pueden honrar á Dios con su propia substancia, haciendo á sus hermanos todo el bien que puedan, consolando á los tristes, y ayudando á los menesterosos: en una palabra, la beneficencia honra siempre á un Dios benéfico y misericordioso quando se refiere á él de todo corazón.

Meditad, hermanos míos, unas verdades, sobre las cuales estamos precisados á pasar con tanta rapidez, y acordaos que este es el medio de que sea Dios honrado en todas cosas por Jesu-Christo; el qual, como dice el Apóstol, tiene la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 15. v. 26. 27. y cap. 16.
v. 1. 4.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus Discípulos: Quando viniere el Consolador que yo os enviaré del Pa-

de la Ascension. 163
dre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros dareis testimonio, porque estais conmigo desde el principio. Esto os he dicho, para que no os escandaliceis. Os echarán de las Synagogas: mas viene la hora en que qualquiera que os amare, pensará que hace servicio á Dios. Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni á mí. Mas esto os he dicho: para que quando viniere la hora, os acordeis de ello, que yo os lo dixé.

INSTRUCCION.

Por ventura, hermanos míos, tenía Jesu-Christo necesidad de nuevos testimonios para confirmar su divinidad, y probar la autoridad de su mision? Una vida y un ministerio anunciados por tantos Profetas en el antiguo Testamento; una mision cuya excelencia y santidad estaba tan autorizada con tantos y tan repetidos prodigios, y apoyada sobre promesas de tanto consuelo; ¿no lleva

ban en sí mismos un carácter de evidencia y de verdad irresistible? Los Apóstoles, que estaban instruidos en todas estas Profecías, que habian sido los testigos de todos estos sucesos, y que eran los depositarios de todas las promesas, ¿podian tener alguna duda sobre la autoridad y la divinidad de su Maestro? La venida del Espíritu Consolador, tantas veces prometido por Jesu-Christo, ¿podia añadir algun derecho á los que ya les tenia adquiridos? Sí, hermanos míos: ellos eran débiles, ignorantes y tímidos, y necesitaban un espíritu de luz que dispase sus tinieblas, y una fuerza que reanimase su valor: ellos estaban destinados á predicar una religion donde todo se reduce á la unidad, y donde se refiere todo á la gloria del Padre en el nombre del Hijo por la union del Espíritu Santo; y así no podia mirar Jesu-Christo consumada su obra sino en el instante en que este Espíritu viniese á juntar á la uncion que instruye y que ilustra, la gracia que da la virtud de amar y de obrar. Por tanto el Espíritu que procede del Padre, que ha de enviar el Hijo, y que dará testimonio de uno y de otro, es el tér-

mino de las promesas de Jesu-Christo. Hasta que llegue esta venida tendrán los Apóstoles escollos que temer, dudas que ilustrar, y reincidencias que sacarán sus lágrimas. En un solo momento de tentacion y de escándalo olvidarán dos años enteros de instrucciones sólidas y de beneficios señalados; pero luego que el Espíritu Santo venga á morar en su corazon, las contradicciones, las persecuciones y los trabajos no serán capaces de alterar su fidelidad, ni podrán desconcertar su firmeza y su valor. ¿Podremos, hermanos míos, reflexionar sobre la virtud de este Espíritu, y no desearlo? ¿Le podremos desear de todo corazon, y no trabajar para adquirirlo? Oxalá que este Espíritu forme en nuestros corazones este conocimiento, este deseo y este amor, á medida que os haga yo la explicacion de este Evangelio.

El Espíritu Santo, á quien el Apóstol San Pablo llama Espíritu Multifórme, en este lugar del Evangelio es llamado Espíritu Consolador: tambien se llama Espíritu de verdad. El procede del Padre, y Jesu-Christo es quien le enviará del Padre. Ya vereis en el Evan-

166 *Domingo en la octava*
gelio la causa de que Jesu-Christo le atribuya singularmente el título de Consolador; pero estudiemos ahora los verdaderos consuelos que nos procura para no dexarnos llevar en las penas de la vida presente de lenitivos frívolos y peligrosos. Un Christiano no tiene otro consuelo duradero y sólido sino aquel que proviene del Espíritu Santo, porque su carácter es la verdad, su principio un Dios, autor de todo bien, su fundamento los méritos de Jesu-Christo, y su recompensa y su fin la salvación eterna. De aquí se puede entender fácilmente la causa verdadera de la insuficiencia de todos los consuelos humanos: como el Espíritu Santo no los forma, sino que se producen por motivos temporales, se disipan al punto por nuevos accidentes. Por exemplo, nos sobreviene una pérdida de bienes de fortuna, y nos consolamos con la esperanza de prontas ganancias para repararla. Un remedio tomado con buena fe, nos consuela en las enfermedades, y no hace otra cosa que paliar el mal sin destruirlo. La indigencia se consuela con un socorro momentaneo que apenas la remedia. Las calumnias y las im-

de la Ascension. 167
posturas se consuelan con la esperanza de la venganza, que ciertamente no repara el agravio. Estos consuelos son las mas veces mas punzantes y desastrosos que los mismos males que pretenden aliviar, y dexan el espíritu y el corazón en la perplexidad mas cruel. Estos consuelos son falsos, porque carecen de los caracteres de los verdaderos consuelos. Las aficciones son de suyo insuficientes para calmar la ira de Dios, y por otro lado tambien lo son para reformar el corazón del hombre. Los consuelos únicos que las mitigan, y que asimismo logran estos efectos, son los que provienen del Espíritu Santo, porque tienen á Jesu-Christo por modelo, y producen la justicia.
Esta verdad nos enseña, hermanos míos, que debemos convertirnos á Dios en todos nuestros trabajos. Dios produce los consuelos por su Espíritu, y comunicándole al Cristiano obediente y dócil, le mitiga y le disipa las penas. Qualesquiera que sean las tribulaciones de la vida, jamas permite que el justo se abandone á su dolor. Dios reanima sus fuerzas con una secreta unción que le comunica, y en medio de la adver-

sidad establece en su corazón una paz que antes no conocía confundido en el tumulto de las falsas alegrías del siglo. Los santos que mas han suspirado baxo el peso de la tribulación, no tanto han meditado sobre la severa justicia que los castigaba, quanto sobre la misericordia que los consolaba y sostenia.

¿Por qué causa, hermanos míos, manifestais tanta repugnancia para sobre llevar las aflicciones? ¿No sabeis que ellas han sido preparadas por Dios para expiar vuestros pecados, y que la salvación eterna ha de ser su recompensa? ¡Ah! Però no está en vosotros el Espíritu Consolador, y esta es la causa. Nunca orais para que venga, ni le deseais, ni le conservais con docilidad. No solo le contristais con tantos pecados como cometéis á cada instante, sino que le alejais muchas veces de vosotros con murmuraciones escandalosas. Sois por tanto dos veces desgraciados porque padecéis sin consuelo, y porque menospreciáis la doble ventaja que puede procuraros su presencia. Esta ventaja nos la da Jesu-Christo mismo á comprehender, diciendo: él dará testimonio de mí. Y vosotros dareis tes-

timonio, porque estais conmigo desde el principio. La union de estos dos efectos es inseparable, hermanos míos. ¿De qué serviría el testimonio que el Espíritu Santo debe dar á Jesu-Christo, si no se uniese al testimonio que le debemos nosotros mismos? ¿No nos haría mas culpables? Por otra parte, ¿cómo dariamos á Jesu-Christo el testimonio que exige de nosotros, si no nos moviese ese Espíritu á quien pertenece exclusivamente el inspirarle?

Escuchemos, Christianos, el testimonio que el Espíritu Santo da á Jesu-Christo. Testimonio de sabiduría y de verdad, porque este Espíritu nos pone en el camino de hallar en una moral superior al alcance del espíritu humano, y opuesta enteramente á las inclinaciones de la carne y de la sangre, aquella prudencia admirable que confunde la sabiduría de los hijos de la mentira.

Testimonio de justicia y de santidad, porque á este Espíritu le toca el enseñarnos á distinguir la ley de Jesu-Christo de tantas máximas como la combaten, de tantas preocupaciones como la destruyen, y muchas veces de

tantos artificios que la disfrazan.

Testimonio de caridad, porque este Espíritu nos hace amar no solo la ley, sino tambien el Legislador; no solo la dulzura y los consuelos de la ley, sino las prácticas que esta ley misma nos impone por mas duras y penosas que sean.

Testimonio de fidelidad, porque este Espíritu nos asegura y sostiene en los escollos que nos cercan, en los peligros que nos atemorizan, y en las demoras que nos desalientan.

Testimonio de humildad y de confianza, porque este Espíritu nos hace conocer que sin la gracia con que Jesu-Christo nos previene, seriamos los hijos de la ira: que sin la gracia que nos ofrece, no podriamos contar nuestros pasos sino por nuestras caídas, y que sin la gracia que nos anima no podriamos responder de nuestra perseverancia.

Testimonio de deseos y de oracion, porque este Espíritu forma en nuestros corazones aquellos gemidos, por cuyo medio exponemos nuestras necesidades, descubrimos nuestras miserias, y conseguimos la gracia y el alivio.

Estos son los testimonios que el Espíritu Santo da del reyno de Jesu-Christo; y el que nosotros debemos darle, consiste en usar fielmente de todas las gracias que nos dispensa.

Este testimonio le podeis dar, hermanos mios, por medio de la santidad de vuestras disposiciones, las cuales deben referirse siempre á Jesu-Christo, por la sabiduria de vuestras palabras que deben contribuir á su gloria, y por la fidelidad de vuestras obras que deben corresponder á sus miras. No trato ahora de vuestras disposiciones interiores con relacion á Dios, aunque considerándolas por los efectos, pudiera decir sin temor, que muchos de los que me escuchan carecen de aquella fidelidad que pide Jesu-Christo en sus pensamientos y deseos: examinaré solamente si poneis aquella atencion que se requiere en darle el testimonio exterior que exige de vosotros, porque este será un medio de probar que habeis recibido su Espíritu.

Es bien conocida vuestra costumbre de usar de disfraces y de palabras artificiosas. Este es un recurso que tenéis siempre muy á la mano, ó bien

para cubrir las faltas que os harían reprehensibles á los ojos de vuestros hermanos, ó para conseguir los favores temporales que por lo comun no se conceden á la sinceridad y la franqueza; ó para obtener el sufragio de ciertas personas, á las cuales no hay acceso sino con la capa de la lisonja. En estos casos no dais testimonio á Jesu-Christo, sino al espíritu de la mentira.

Teneis una inclinacion decidida á convertir en utilidad propia casi todas las conversaciones que presenciáis. Se alaba, por exemplo, una virtud, y os haceis inmediatamente sus sectarios: se desaprueba un vicio, y manifestais que vuestras disposiciones estan muy distantes de contraerlo: este es un testimonio que dais al espíritu del orgullo y del amor propio. ¿Qué otra cosa podemos pensar de esos discursos críticos y malignos, en los cuales se examina con refinada curiosidad la conducta del próximo, se pinta con artificio, se desacredita con maña, y en que no contentos con juzgar de los hechos, decidis sobre sus pensamientos, atribuyéndole designios y motivos de que carece las mas veces? ¿A quién dais tes-

timonio quando tomáis parte en estas conversaciones? ¿No es al espíritu de maledicencia y de calumnia? ¿Pero el espíritu de iredigion y de blasfemia no la tiene tambien muchas veces en esas conversaciones que tienen por objeto la religion? ¿No la tiene el espíritu de temeridad en esas discusiones atrevidas sobre materias que no puede comprehender la razon humana? El espíritu de inquietud y de curiosidad no es el fundamento de esas conversaciones sabias en que se discurre con un tono increíble de confianza sobre todo lo que se ignora? Mostradme pues en todo esto el testimonio que exige Jesu-Christo. ¿Pero qué diré del testimonio de las obras? Este pide una discusion mucho mas extensa, porque todas las acciones que se dirigen por el interes, y que se producen por la enemistad, el resentimiento, ó acaso por la violencia de las pasiones, no pueden tener parte en el que Jesu-Christo exige de nosotros. Tampoco le tienen las obras que son directamente opuestas al espíritu de humildad, de abnegacion y de caridad que dicta el Evangelio; y como por desgracia la mayor

parte de las que hacen los pecadores llevan en sí mismas este carácter de deformidad y de oposicion con la conducta de Jesu-Christo, debemos inferir que este testimonio es infinitamente raro.

Notad, hermanos míos, estas palabras de Jesu-Christo: vosotros dareis testimonio, porque estais conmigo desde el principio. Como si dixese: desde los primeros días de mi mision os he asociado á mi ministerio: todas mis obras han sido públicas para vosotros: habeis oido todos mis sermones: habeis sido los testigos de todos mis prodigios: os he constituido por depositarios de todos mis secretos. ¿No podré por tanto esperar de vosotros el testimonio que solicito, y que me glorifiqueis delante de los hombres? Aplicaos ahora, hermanos míos, estas mismas palabras. Jesu-Christo puede sin duda deciros, que desde el principio habeis estado con él: desde que visteis la luz del dia, y en aquellos instantes en que erais incapaces de dar un paso por vosotros mismos, os previno ya por su gracia. Si desde entónces ha dexado de estar alguna vez con vosotros, culpád á vuestros pecados, porque ellos sin duda le han for-

zado á retirarse; pero sin embargo siempre está dispuesto á la misericordia, y no espera para tomar posesion otra vez de vuestro corazon sino el testimonio sincero de vuestro arrepentimiento.

Vosotras, almas fieles, que no habeis interrumpido la union inefable contraida con Jesu-Christo por su gracia, oid estas palabras: esto os he dicho para que no os escandaliceis. En efecto, nuestra flaqueza nos escandaliza, porque ella nos hace traiciones, y nos pierde; pero Jesu-Christo nos anima con la promesa de enviarnos su Espíritu. El mundo nos escandaliza con las máximas perniciosas que nos vende; pero Jesu-Christo nos ilustra con el testimonio que debe dar el Espíritu Santo á la verdad de su doctrina. Nuestras pasiones nos escandalizan, porque se rebelan continuamente contra el espíritu; pero Jesu-Christo nos consuela, porque una gracia misma debe formar en nuestro corazon el testimonio que nos pide. Los pecadores nos escandalizan, porque nos procuran arrastrar con sus exemplos; pero Jesu-Christo nos fortifica con la memoria de los exem-

plos que nos ha dado desde el principio, y que no dexará de darnos mientras que estemos con él.

↳ Pero hay sin embargo una tentación contra la qual tenemos necesidad de continuos socorros, y es las tribulaciones de la vida, las enfermedades, los trabajos y las persecuciones que nos suscitan los hombres malos. Os echarán de las Sinagogas, decia Jesu-Christo á sus discípulos, y viene la hora en que qualquiera que os mate pensará que hace servicio á Dios. ¿No veis, hermanos míos, en estas palabras pintada la persecución que experimentó la Iglesia naciente? Desde la primera señal que dió la Sinagoga, azotando á los Apóstoles, hasta las primeras sentencias que pronunciaron los Emperadores contra los primeros Christianos, se reconoce el cumplimiento literal de esta profecía. Por todas partes se ven proscriptos los discípulos de Jesu-Christo como delinquentes. En Jerusalem los arrojan del Templo, los meten en obscuras prisiones, y los amenazan con los últimos suplicios para reducirlos al silencio. En otros países se ven los Christianos privados de los cargos y de los empleos públicos, ex-

cluidos de la Corte de los Príncipes, precisados á ocultarse, reducidos á huirse de pueblo en pueblo, obligados á escoger para sus juntas cavernas obscuras y subterráneos ignorados, y á guardar en la celebracion de los santos misterios el silencio más profundo. Esta persecución universal se cubre sin embargo por todas partes con la capa de la religion. La Sinagoga pretende defender su ley de los ultrages que recibe por la doctrina de los Apóstoles, y un respeto aparente á las tradiciones de sus padres autoriza su crueldad y su envidia. Los Gentiles reclaman sus Dioses, sus ídolos y sus sacrificios, y apoyados sobre un motivo tan especioso á los ojos de los hombres, inventan contra los discípulos de la nueva doctrina suplicios los más crueles é inauditos, y piensan tributar un homenaje á la Divinidad, quitando la vida á los que así destruyen sus altares.

¿Y acaso, hermanos míos, estamos libres nosotros de estas horribles persecuciones? ¿Estan ya los justos mejor recibidos de un mundo enemigo declarado de la justicia? ¿No se trata en las juntas de los pecadores, como lo hacia

178 *Domingo en la octava*
en otro tiempo la Sinagoga, de buscar medios de turbar á los Ministros del Evangelio en el exercicio de su ministerio y de su mision? ¿Aquellos que no hablan el lenguaje de la iniquidad y del error, no se ven por esta causa abandonados de todos, y mirada su presencia como importuna en todas las concurrencias? ¿No se disfraza tambien la impiedad en estos dias con la máscara de la Religion? ¿No suscita el falso zelo las persecuciones mas crueles? ¿No se emplea para desacreditar la virtud, la virtud misma; y para destruir la religion, los principios que ella tiene por mas incontestables? Ya que tantas veces, hermanos míos, levantamos el grito contra la falsa justicia, ¿no seria justo levantarlo tambien contra el falso zelo? ¿No son uno y otro abuso los que ultrajan mas sensiblemente la religion al mismo tiempo que aparentan honrarla? Pero ved lo que dice Jesu-Christo: os harán esto, porque no conociéron al Padre ni á mi. ¡Ah, qué léjos está la salvacion de aquellos que desconocen á Dios Padre, y á Jesu-Christo su Hijo enviado para la expiacion de los pecados! Esta es una señal evidente y sen-

de la Ascension. 179
sible de reprobacion. Los Christianos que viven en un olvido total de Dios, y que por otra parte son indiferentes para con Jesu-Christo, no conocen ni su santidad, ni su providencia, ni su justicia, ni su misericordia. No conocen su santidad, porque piensan que ve con indiferencia las injusticias y los pecados sin número que cometen á su vista: no conocen su Providencia, porque contradicen abiertamente sus designios, y caminan con desconfianza sobre sus huellas: no conocen su justicia, porque viven tranquilos al mismo tiempo que por su infidelidad y sus desórdenes excitan su cólera: no conocen en fin su misericordia, porque abusan de su gracia, y resisten á sus santas inspiraciones. Pero ya que no conocen á Dios Padre ¿conocen mejor á Jesu-Christo y á su Evangelio? ¿Tienen sus exemplos alguna conformidad con su gusto y sus inclinaciones? ¿Conocen á Jesu-Christo en los pobres compadeciendo y remediando sus trabajos, y en los justos tributándoles el respeto que se les debe? ¿Le conocen en las aflicciones como el modelo de la paciencia, y en la tentacion como el enemigo del pecado? Her-

180 *Domingo en la octava*
manos míos, si por fortuna fuereis del pequeño número de aquellos que ven á Jesu-Christo por todas partes, y que se dedican á honrarle en todas sus acciones, oirais sus palabras, estudiariais sus designios, y os afirmariais en la virtud, comparando sus promesas con su cumplimiento. Mas esto os he dicho, prosigue Jesu-Christo, para que quando viniere la hora os acordeis de ello, que yo os lo dixé. ¿Titubeará todavía nuestra fé oyendo estas palabras? ¿Será posible que á medida que se acerca el reyno de Dios, se disminuya, y se desvanezca la fé? Considerad, Christianos, que Jesu-Christo atestigua la verdad de sus palabras con el cumplimiento de sus promesas, de manera que ya está predicho todo quanto debe acontecer en el establecimiento del Christianismo de un modo que no es posible desconocerlo. Esta experiencia del cumplimiento de tantas profecias es, hermanos míos, un motivo muy poderoso para no desconfiar de todas las otras cosas que nos enseña la fé; pero debeis vivir con gran cuidado, no sea que las palabras de tanto consuelo para los Apóstoles, se conviertan en desgracia

de la Ascension. 181
y confusion para vosotros. Esto os he dicho, para que quando viniere la hora os acordeis de ello. ¿Pero de qué servirá á la mayor parte de los Christianos la memoria de las verdades que les anunciamos? Solo de probar su insensibilidad, su infidelidad y su ingratitud.

Por tanto, hermanos míos, mostraos fieles y atentos á estas palabras de Jesu-Christo: temed con un santo temor el efecto de sus amenazas: estudiad su ley: suspirad con ardor por el Espiritu que puede instruiros; y repetid con frecuencia en estos dias la oracion que dirá la Iglesia en solemnidad tan augusta.

Espiritu, fuente de toda santidad, tú que conoces nuestras necesidades, muéstrate sensible: baxa y toma posesion de nuestras almas. ¿Qué vacío está el corazon quando no le llenas con tu gracia! ¿Qué frio quando no le inflamas con tu amor! ¿Qué débil quando no le fortaleces con tus dones! Hoy suspiramos tras esta plenitud que viene de tí solo, y aspiramos á esa caridad, que proviene de tí. Tú, que has hecho nacer el deseo en nuestros corazones, abrásalos de manera que el pecado no los resfrie. Así sea.